

CLAUDIO JAVIER CORMICK

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
CONICET
UNIVERSITÉ PARIS-8 (VINCENNES-SAINT DENIS)

CÓMO RECIBIR A MERLEAU-PONTY EN LA “THEORY OF TIME” UNA POLÉMICA

claudiocormick@yahoo.com.ar

Recepción: Agosto 2013
Aceptación: Octubre 2013

RESUMEN

El presente trabajo busca clarificar (en polémica con el abordaje de Stephen Priest) el auténtico sentido del “subjetivismo” merleau-pontyano con respecto al tiempo, según el cual solo existe tiempo como correlato de una subjetividad *situada en él*. En un marco más general, reponer esta tesis merleau-pontyana permite colocar las reflexiones del fenomenólogo francés en diálogo con la tradición analítica sobre el tiempo (centrada en el debate entre las teorías “A” y “B”), y, en particular, en continuidad temática con el abordaje de la “paradoja de McTaggart” por parte de Michael Dummett.

PALABRAS CLAVE

Tiempo. Situacionalidad. Merleau-Ponty. Priest.

RESUMO

Este trabalho busca esclarecer (em polêmica com a aproximação de Stephen Priest), o autêntico sentido do “subjetivismo” merleupontyano a respeito do tempo. Segundo isso, o tempo só existe como correlacionado de uma subjetividade *situada nele*. Em um marco mais geral, reabastecer essa tese merleupontyana permite colocar as reflexões do fenomenólogo francês em diálogo com a tradição analítica sobre o tempo (centrada no debate entre as teorias “A” e “B”), e, em particular, em continuidade temática com a aproximação do “paradoxo de McTaggart” feito por Michael Dummett.

PALABRAS-CHAVE

Tempo. Situacionalidade. Merleau-Ponty. Priest.

INTRODUCCIÓN: DE LA "THEORY OF TIME" A MERLEAU-PONTY

Como es generalmente reconocido, la teoría del tiempo en la filosofía anglosajona contemporánea se encuentra dividida entre las denominadas "A theory" y "B theory", según una nomenclatura que sigue la introducida por los trabajos clásicos de J. M. E. McTaggart en torno a la presunta "irrealidad del tiempo". En estos textos, el filósofo inglés distinguía en el tiempo dos "series" en las que estarían ordenados los momentos y eventos, una llamada "serie A" y que permitía distinguir aquellos según las determinaciones (siempre transformadas unas en otras, dado el "paso" del tiempo) de *futuro*, *presente* y *pasado*, y otra llamada "serie B", caracterizada por las solas relaciones de *anterioridad* y *posterioridad* (las cuales, razonablemente, presenta como no susceptibles de cambio: si un evento es anterior a otro, lo será, por ejemplo, tanto si ambos están en el futuro como si se encuentran en el pasado).¹ Ahora bien, partiendo del reconocimiento de que el tiempo es, *prima facie*, susceptible de esta diferenciación, la cuestión que suele considerarse como divisoria de aguas entre las teorías A y B es la de si existe *objetivamente* algo como las determinaciones A (y, en particular, un "presente *objetivo*"), en oposición al carácter puramente deíctico que (en analogía con la condición de "aquí" para el caso del espacio) cabría asignarle. En otras palabras, mientras que es generalmente reconocido que no tiene sentido hablar de un "aquí objetivo", y que la pregunta "¿Dónde es 'aquí'?" se responde simplemente tomándolo como un deíctico y haciendo referencia al lugar de enunciación de la pregunta misma, el caso de determinaciones temporales como "presente" es más complicado. Los sostenedores de la tesis de una objetividad del presente serán sindicados como teóricos A; quienes le otorguen un carácter puramente deíctico, como teóricos B.

Ahora bien, aunque el problema de la objetividad de las determinaciones A sea el que entra en escena en primer término a la hora de describir la partición de la filosofía contemporánea del tiempo, una cuestión adicional –en la que centró, de hecho, su argumentación el propio McTaggart– es la de si tales determinaciones son siquiera *consistentes*. Naturalmente, existe una conexión entre ambas preguntas: si –respecto a la segunda de ellas– describir el tiempo con los caracteres de presente, pasado y futuro involucra una contradicción, forzosamente –respecto a la primera– no podremos considerarlos como pertenecientes a la realidad objetiva. No obstante, la inferencia en la dirección inversa no se sigue: la consideración de que nociones como "presente" son deícticas –y, por tanto, relativas– puede

ser *un* elemento para argumentar posteriormente que ellas involucran una inconsistencia, pero no lleva por sí sola a tal conclusión.² Es perfectamente posible, al menos en principio, defender las determinaciones A como nociones internamente consistentes, que no involucran contradicción alguna, sin necesidad de haberse comprometido con la tesis de su objetividad.

Desde la perspectiva de las dos preguntas que estamos considerando, resulta factible reconstruir el argumento de McTaggart sobre la irrealidad del tiempo precisamente como uno que busca salvar la distancia entre la no objetividad de las determinaciones A y su lisa y llana inconsistencia. En efecto, el peso del argumento mctaggartiano radica en que las determinaciones A son, a la vez que variables, *relativas a un punto de vista*. Por caso, no se puede decir de un momento, simplemente, que sea *futuro*, puesto que lo es solo desde el punto de vista de algún momento en particular, pero desde otros será considerado presente o pasado (lo cual es inconsistente con la descripción del mismo como futuro). McTaggart insiste: si obtenemos aquí determinaciones únicas –decir, en nuestro ejemplo, que un momento es *futuro*, y no atribuirle otro carácter temporal– será según *una relación* con algún otro momento en el tiempo, pero precisamente este otro momento cualquiera *desde el cual* las atribuimos, el cual sirve de punto de referencia, nos presenta otra vez el problema inicial: él ha de ser, según desde dónde lo consideremos, *tanto* presente *como* pasado o futuro, lo cual reitera la inconsistencia, y así indefinidamente.³ No podemos atribuir a ningún momento ninguna de las tres determinaciones de la “serie A” con carácter *absoluto*, y si le atribuimos una u otra con carácter *relativo* a otro momento del tiempo, el mismo problema se nos presenta respecto a este otro momento, que es homogéneo al primero. Es así que la “serie A” aparece como afectada de una contradictoriedad de la que solo podemos escapar mediante una regresión al infinito de puntos de referencia.

Ahora bien, el argumento mctaggartiano ha sido analizado, dentro de la propia tradición analítica, como involucrando un presupuesto clave, y necesitado de una fundamentación que su autor no le brinda explícitamente. En efecto, según ha señalado Michael Dummett, la premisa implícita en la presunta prueba de la inconsistencia de las determinaciones A es una según la cual aquello que aspire al estatuto de realidad *debe* poder ser descrito “sin punto de vista”; esto es, para el caso del tiempo, que no podemos contentarnos con decir que un cierto momento es futuro desde cierto punto de vista *y*, por ejemplo, pasado desde cierto otro. Esta pluralidad de “descripciones máximas” de la realidad, todas ellas perspectivizadas, debería

poder ser reducida a una única “descripción completa”.⁴ El peso del debate sobre la inconsistencia, pues, se traslada a la discusión de este presupuesto inicialmente no explicitado, y, si bien Dummett no extrae de la identificación del mismo una refutación clara del argumento de McTaggart, ni tampoco una defensa de su plausibilidad (se trata, según el propio Dummett dice, de una “defensa” en el solo sentido de mostrar que estamos aquí ante una discusión ontológica pertinente y no un pseudoproblema, un mero malentendido lingüístico), deja abonado el terreno para ulteriores discusiones que sí se pronuncien en este sentido.⁵

Es en este punto que, creemos, resulta simplemente *sorprendente* el hecho de que la discusión en la “theory of time” no haya llegado a establecer un diálogo fructífero con otra elaboración teórica sobre el tiempo, que, si bien proviene de una tradición diferente, toma como tesis central de su análisis precisamente el cuestionamiento de la idea de una “descripción completa”, no situada, en el sentido reconstruido por Dummett. Nos referimos con esto a la fenomenología de Maurice Merleau-Ponty. Nos propondremos en este trabajo, pues, la tarea de mostrar que tal diálogo no ha tenido todavía lugar, en virtud de una serie de malentendidos que afectaron la apropiación del pensamiento merleau-pontyano sobre el tiempo en la filosofía anglosajona. Concebimos la tarea *histórico-filosófica* de corregir estas incomprendiones como una tarea propedéutica de cara a una ulterior discusión, *sistemática* –y que por razones de espacio no desarrollaremos aquí– que, apoyándose en los argumentos de Merleau-Ponty, permita posicionarse de cara al problema de la naturaleza de las determinaciones A. En concreto, buscaremos poner de manifiesto el modo en que las tesis clave de una concepción “situacional” sobre la temporalidad (para la cual solo hay tiempo como correlato de una subjetividad *situada en él*) efectivamente se encuentran presentes en la obra de Maurice Merleau-Ponty, y cómo, en consecuencia, el fenomenólogo francés constituye un interlocutor insoslayable en el marco de la evaluación de la paradoja de McTaggart, y particularmente de la línea interpretativa inaugurada por Michael Dummett.

Este ejercicio de clarificación histórica procederá mediante el cotejo con una de las únicas lecturas que, dentro de la bibliografía existente, llega a esbozar una puesta en relación entre esta tematización fenomenológica y las categorías de la “theory of time” heredera de McTaggart. Nos referimos, en concreto, al *Merleau-Ponty* del británico Stephen Priest, que –según argumentaremos– *oscurece precisamente el punto clave que estamos destacando como base para un diálogo entre ambas tradiciones*.⁶ Desde el

comienzo de la exposición hecha por el propio fenomenólogo –al igual que de la interpretación que del mismo hace Priest–, queda claro en Merleau-Ponty que estamos en presencia de *algún* tipo de tratamiento del tiempo como subjetivo. Queda, no obstante, determinar el carácter preciso de esta “subjetividad”. Según veremos, Priest introduce de forma “dosificada” las piezas de apoyo textual de su interpretación, de modo tal que, *en un primer momento* de su exposición –que *no* desmiente en el momento de agregar nuevos elementos de análisis–, atribuye a Merleau-Ponty un subjetivismo en el sentido de un “idealismo”. Mientras que, *en un segundo momento*, avanza en la dirección de reconocerle al fenomenólogo un “subjetivismo” en sentido ya no idealista, sino situacional, pero no comprendiendo que esta lectura *revoca* el desafortunado acercamiento inicial al sentido de la “subjetividad” del tiempo en la *Fenomenología*, ni que el argumento clave para la tesis de que las “determinaciones A” son subjetivamente dependientes está en Merleau-Ponty mismo, en lugar de en McTaggart, a quien Priest erróneamente se la atribuye.

Para poner esto de manifiesto, atravesaremos los siguientes pasos:

I. En primer lugar, destacaremos cinco aspectos cruciales problemáticos en la forma en que Priest presenta por primera vez el “subjetivismo” merleau-pontyano sobre el tiempo, forma esta que –argumentaremos– desconoce el carácter específicamente *situacional* de las tesis del fenomenólogo, y lo convierte en un mero *idealista*. Los puntos más salientes de la lectura de Priest son que (i) la tesis de que una sucesión de acontecimientos en el tiempo supone tácitamente una subjetividad solo indicaría que, al *imaginar* un proceso temporal, estamos presuponiendo la perspectiva de la subjetividad que lo percibiera; que (ii) al hablar del carácter “situado” de la subjetividad, el fenomenólogo se referiría a su carácter *espacialmente* situado; que (iii) el sentido de la “subjetividad” del tiempo para Merleau-Ponty sería simplemente el de un “idealismo”, en contraste con un “realismo” (esto es, se estaría discutiendo la *existencia* o no de los fenómenos temporales, pero no la *estructura* misma de tal disposición temporal de los hechos, la cual bien podría darse “objetivamente”); que (iv), en consonancia con las tesis anteriores, la tesis del “fraccionamiento” de los acontecimientos por parte de un sujeto situado tiene que estar refiriéndose a una *selección* de acontecimientos, la cual estaría guiada por intereses pragmáticos; y que (v) la referencia a que el cambio presupone “un cierto lugar” en que estamos situados sería una inferencia (ilegítima) desde el problema del *cambio* al de la *percepción subjetiva* del mismo.

II. En un segundo momento, en consecuencia, tendremos que rever los señalamientos del autor británico colocándolos sobre el trasfondo de una lectura más precisa de la *Fenomenología de la percepción (PhP)*. Distinguiremos en Merleau-Ponty dos tesis situacionales, una “fuerte” y una “débil”, según si lo que se cimente en la existencia de una subjetividad situada sea la sola existencia de eventos en el tiempo o, más específicamente, la experiencia de tales eventos *según las determinaciones de presente, pasado y futuro*.

III. Por último, volveremos al análisis de Priest para mostrar cómo, en el momento en que el intérprete británico realiza finalmente la vinculación con McTaggart para preguntarse “cuánto” del tiempo es en Merleau-Ponty subjetivo –si solamente las determinaciones A o también la existencia de eventos con determinaciones B–, y atribuye a Merleau-Ponty una mera confusión entre las nociones de anterioridad y posterioridad y las de pasado y futuro, lo que está en juego aquí en rigor es la incompreensión –no la discusión frontal– de ciertos explícitos argumentos merleaupontyanos por parte de Priest.

1. CINCO PUNTOS PROBLEMÁTICOS EN LA LECTURA DE PRIEST SOBRE EL SUBJETIVISMO TEMPORAL MERLEAUPONTYANO

A poco de comenzar el segundo capítulo de la tercera parte de la *PhP*, Merleau-Ponty remarca que, si concebimos el tiempo al modo de un flujo *real*, de un *objeto*, como cuando buscamos ilustrarlo por medio de la comparación con un río, en rigor estamos, en realidad, “sobreent[endiendo] un testigo *sujeto a un cierto lugar en el mundo* y compar[ando] sus puntos de vista sucesivos”.⁷ La idea de acontecimientos dados en sucesión, señala Merleau-Ponty, no puede concebirse sin una referencia, siquiera tácita, a la subjetividad. Ahora bien, el *primer* supuesto clave de la lectura de Priest es que con esta referencia Merleau-Ponty estaría afirmando algo como lo siguiente: “Si yo imagino *algo*, por ejemplo un par de acontecimientos”, entonces los imagino “como me parecerían a mí si los estuviera percibiendo”.⁸ Así, la elección de “un par de acontecimientos”, en lugar de cualquier otro “algo”, tendría simplemente el carácter de “ejemplo” –no habría ningún problema referente específicamente a la condición de “acontecimiento”–, y, por otro lado, Merleau-Ponty estaría en lo cierto –aunque, veremos, esta es una “concesión” que reconoce bien poco– al afirmar que “el imaginar acontecimientos tácitamente presupone un observador” de los mismos.⁹ Ahora bien, como vemos, el pasaje

merleauPontyano no solo hace referencia a que tenemos aquí un “testigo”, una subjetividad, sino que se destaca que ella está “en un cierto lugar”. Priest nota esto, e interpreta –segundo paso clave de su lectura– que tal referencia se sigue “del supuesto [...] de que todo percibir es percibir desde un punto de vista”, desde algún lado”, lo cual a su vez sería “una consecuencia de que los sujetos están corporizados”.¹⁰ “Un cierto punto de vista en el mundo” sería, en el pasaje bajo análisis, “el punto de vista que el observador tácitamente asumido adopta en la percepción de los acontecimientos”,¹¹ esto es, hemos pasado, bajo la interpretación de Priest, a un problema vinculado a la *espacialidad* de la percepción.

Sobre esta base, la introducción merleauPontyana de la subjetividad es reconocida por Priest, sí, pero condenada de inmediato a la *irrelevancia*: como señala el intérprete, de que “al imaginar ciertos acontecimientos estoy tácitamente asumiendo el punto de vista de un observador” no se sigue que ellos “sean subjetivos, o subjetivamente dependientes”, puesto que

“es coherente mantener que lo que imagino, y lo que el observador tácitamente asumido percibe, son esos acontecimientos tales como son de forma realista [*as they realistically are*]. Algunos acontecimientos son imaginados o percibidos «como realmente son» si tanto el percibirlos o imaginarlos es verídico [...]. No necesitamos hacer los supuestos [...] de que los acontecimientos imaginados dependen, de forma idealista [*idealistically*], de la percepción de ellos por el observador tácito, o de nuestra acción de imaginarlos [...]”.¹²

En consecuencia –según podemos extraer del argumento de Priest– la relación del tiempo con la conciencia subjetiva podría no significar más que el hecho de que esta *reproduce* un ordenamiento temporal *que en principio podría darse ya en las cosas mismas*. Como vemos, pues –y este sería el *tercer* punto clave de la lectura hecha por Priest, consecuencia de los otros dos– el “subjetivismo” merleauPontyano sería de la índole de un “idealismo”, contrario al “realismo”.

Es solo *después* de haber formulado estas críticas contra la tesis merleauPontyana del carácter intrínsecamente subjetivo de los fenómenos temporales que Priest enriquece su reconstrucción introduciendo una afirmación central de la *PhP*, de la que había hecho analíticamente abstracción hasta este momento: la de que “los «acontecimientos» son fraccionados por un observador finito en la totalidad espacio-temporal del mundo objetivo”.¹³ Es recién aquí que el intérprete ha introducido, no solo la

subjetividad y su carácter de situada, sino también el hecho de que ella ejerce el rol de “fraccionar” los acontecimientos. Pero a los efectos de la interpretación que Priest hace del texto, al que se va acercando por partes, la tesis del “fraccionamiento” no aparece precisando o completando los señalamientos iniciales *en torno al sentido mismo* en que solo hay acontecimientos presuponiendo una subjetividad, y, más específicamente, una subjetividad situada. Por el contrario, Priest interpreta el problema del “recorte” de acontecimientos como una cuestión completamente diferente, y remarca que

“es lógicamente consistente con que un acontecimiento [...] *esté seleccionado de una totalidad no-ideal de eventos que el sujeto percipiente o pensante pudiera en principio conocer de manera realista. Merleau-Ponty, por supuesto, debe rechazar esta sugerencia porque contradice su tesis de que no existe ningún acontecimiento en el mundo externo*”.¹⁴

Nótese cómo –cuarto punto clave de la lectura de Priest–, el intérprete británico entiende el “recorte” de los acontecimientos por el sujeto, en términos que nos recuerdan, en rigor, a las tesis de un pragmatista: “los pares de acontecimientos que nos preocupan en la contemplación de relaciones causales”, interpreta Priest a Merleau-Ponty, “son [...] paradigmáticamente pares de acontecimientos que hemos seleccionado” siguiendo “nuestros intereses pragmáticos”.¹⁵ Entendiendo el “recorte” de los acontecimientos como *selección*, sobre una multiplicidad ya dada, Priest de forma acorde critica que una selección subjetiva no implica la no-realidad de la totalidad misma de acontecimientos sobre la cual aquella se ejerce. “El hecho de que algo sea percibido”, señala Priest, “no es lógicamente suficiente para la dependencia de lo que es percibido respecto del sujeto, incluso si los acontecimientos son perceptualmente «recortados» por un sujeto”.¹⁶

Como el filósofo británico nota que los argumentos merleaupontyanos hasta aquí son insuficientes para defender una tesis tal, es que introduce, apenas *ahora*, una nueva afirmación merleaupontyana: la de que, “si considero al mundo en sí mismo, no hay más que un solo ser indivisible y que no cambia”, afirmación que se sustenta, a su vez, como cita Priest, en la de que “el cambio supone cierto lugar en que me sitúo y desde donde veo desfilar a las cosas; no hay acontecimientos sin un alguien al que ocurren y cuya perspectiva finita funda la individualidad de los mismos”.¹⁷ Pero Priest entiende que este pasaje afirma –quinto punto clave– que la “existencia del cambio” presupondría lógicamente la “percepción de ese

cambio”, o más aun “la percepción de ese cambio desde algún lugar”, y responde que, de hecho, la inferencia no se sigue.¹⁸

Pues bien, todas estas tesis son, desafortunadamente, erradas, y se trata, más exactamente, de errores encadenados unos con otros, que impiden que quede de manifiesto el sentido específicamente *situacional* del “subjetivismo” merleauPontyano sobre el tiempo. Veamos esto en concreto.

2. SOBRE EL CARÁCTER SITUACIONAL DEL SUBJETIVISMO TEMPORAL MERLEAUPONTYANO. DOS TESIS

En rigor, Priest tiene que interpretar la idea del “fraccionamiento” de los acontecimientos por parte de la subjetividad en los términos de una selección pragmática de acontecimientos porque no comprende que la subjetividad del tiempo concierne, en Merleau-Ponty, *su estructura misma*, la cual no *puede* concebirse sin sujeto, y que el “punto de vista” al cual se refiere el fenomenólogo no es uno espacial, sino una posición *en el tiempo mismo*, tesis que, de hecho, es enunciada explícitamente. Veamos ahora uno de los pasajes clave de manera menos fragmentaria que en el intérprete británico:

“Los «acontecimientos» son fraccionados por un observador finito en la totalidad espacio-temporal del mundo objetivo. Pero, si considero al mundo en sí mismo, no hay más que un solo ser indivisible y que no cambia. El cambio *supone cierto lugar en que me sitúo* y desde donde veo desfilar a las cosas; no hay acontecimientos sin un alguien al que ocurren *y cuya perspectiva finita funda la individualidad de los mismos*. El tiempo supone una visión, *un punto de vista*, sobre el tiempo”.¹⁹

Es más claro, viendo estas proposiciones en su mutua relación, lo que quiere plantear Merleau-Ponty: la idea del “fraccionamiento” de los acontecimientos no se asocia a una tesis de tipo pragmatista, pero sí está puesta en paralelo con una referencia a que la “individualidad” de tales acontecimientos está “fundada” en una perspectiva finita, mientras que, con prescindencia de ella, “no hay más que un solo ser indivisible”. El sentido del pasaje es, pues, que solo en virtud de que la subjetividad tiene una perspectiva *finita* es que, en lugar de percibir “un solo ser indivisible”, “fragmenta” esa totalidad convirtiéndola en una sucesión de acontecimientos individuales. En este contexto, es claro también que el “lugar en donde me sitúo” no hace referencia a un lugar *espacial*, sino que piensa la idea de “lugar” como una metáfora de la forma en que solo percibimos el tiempo *desde un cierto punto de vista* en la totalidad del decurso temporal mismo;

estamos “en” un momento, con su “punto de vista”, *de manera análoga* a como estamos en un lugar, y desde tal momento es solamente una parte finita de la realidad la que podemos percibir. “Nada más hay tiempo para mí”, insiste Merleau-Ponty más adelante, “*porque estoy situado en el mismo, porque me descubro empeñado en el mismo, eso es, porque todo el ser no se me da en persona*”.²⁰

Ahora bien, este abordaje en torno a cómo el tiempo supone una subjetividad situada naturalmente tiene implicaciones clave para la comprensión del sentido de las “determinaciones A”, las cuales van a ser específicamente abordadas como subjetivamente dependientes. Esta posición es explicitada en la crítica de Merleau-Ponty a un trascendentalismo para el cual los momentos del tiempo serían en su totalidad objetos constituidos por la conciencia, solo en virtud de lo cual resultaría posible la síntesis de los diferentes momentos en una temporalidad única. En este caso, la conciencia “tiene [...] apertura a un pasado y a un futuro”, ella “no está ya asediada por el presente y [...] *camina libremente de un pasado y un futuro, que no están lejos de ella –porque los constituye en pasado y en futuro y son sus objetos inmanentes–, a un presente que no está cerca de ella –porque nada más es presente por las relaciones que plantea entre él, el pasado y el futuro–, pero –objeto e fenomenólogo–, por estar “así liberada, ¿no ha perdido toda noción de lo que puedan ser futuro, pasado e incluso presente?”*. En palabras de Merleau-Ponty, se trataría así de “un tiempo nivelado”, que, “en otros términos, *no es ya tiempo*”. El tiempo solo puede existir “más que si no está completamente desplegado” ante la conciencia.²¹ Es clara, pues, la posición de Merleau-Ponty frente a un intento de reconstrucción “no situacional” (o, en palabras de Dummett, una “descripción completa”) del tiempo: si abordáramos el tiempo, no ya desde un “punto de vista” temporal, sino como objeto de la mirada de una conciencia “liberada”, la cual “camina libremente” entre los distintos tiempos, que no está “lejos” del pasado y el futuro ni, correlativamente, “cerca” del presente, que encuentra al tiempo “desplegado” ante ella, entonces esta conciencia no puede dar sentido alguno a la presunta distinción entre presente, pasado y futuro, puesto que los momentos que tendrían que instanciar las diferencias entre estas tres determinaciones aparecen mutuamente “nivelados” en su presentarse simultáneo a la conciencia.

A la luz de lo expuesto, resulta necesario distinguir en el fenomenólogo *dos* tesis “situacionales” sobre el tiempo, esto es, dos

afirmaciones según las que la existencia del tiempo solo es posible como correlato de la existencia de una subjetividad situada *en él*:

- Tesis débil: es solo bajo el supuesto de una subjetividad situada que podemos concebir un tiempo *con determinaciones A*; sin ella, y como en el caso de la filosofía trascendental, la conciencia se encuentra a igual “distancia” de los diferentes momentos y *pierden sentido*, en consecuencia, las tres determinaciones según las cuales querríamos distinguir los momentos del tiempo.

Esta primera tesis, pues, nos dice que es necesario un “foco”, un “punto cero” de la conciencia para, *a partir de él*, establecer el sistema de determinaciones A. La conciencia no puede venir a situarse en lo que “objetivamente” sería un presente –distinto al pasado y al futuro en un sistema de coordenadas ontológicamente previo a tal “situación”–, sino que, a la inversa, el presente solo puede comprenderse como el punto cero de la conciencia temporal, y el pasado y el futuro cobran sentido según su “distancia” respecto de él.²²

Ahora bien, esta primera tesis de seguro no agota las posiciones del fenomenólogo francés sobre la cimentación “situacional” del tiempo. Más bien, aunque podamos abstraerla analíticamente, aparece ligada en la *PhP* a una segunda toma de partido, ontológicamente mucho más cargada:

- Tesis *fuerte*: es solo bajo el supuesto de una subjetividad situada que podemos concebir la existencia de eventos múltiples organizados en sucesión como anteriores y posteriores; sin ella, y como nos encontramos en el caso de figurarnos un tiempo “real” –pensado con prescindencia de nuestras perspectivas finitas–, no existe “recorte” alguno de lo real y tenemos “un solo ser indivisible y que no cambia”.

Correctamente o no, pues, Merleau-Ponty liga ambas tesis como aspectos solidarios de una misma ontología. La distinción “cuantitativa” de los momentos, en virtud de la cual la realidad no es un “único ser indivisible” se explica de la misma forma que la diferenciación “cualitativa” de estos momentos múltiples según las determinaciones de presente, pasado y futuro: en uno y otro casos, lo que tenemos es el fenómeno de “fragmentación” de lo real en virtud de la *limitación* del alcance de una perspectiva subjetiva finita.

3. RETORNO A LA INTERPRETACIÓN DE PRIEST: EL “CRUCE” CON MCTAGGART

Ahora bien, si –como hemos visto– la lectura de Priest no logra identificar los verdaderos motivos del abordaje situacional merleau-pontyano –esto es, el rol clave de un “punto de vista” *situado él mismo en el tiempo* para que el tiempo sea posible– no resulta sorprendente que, a la hora de establecer una vinculación explícita entre Merleau-Ponty y McTaggart, el intérprete cometa dos errores importantes: asumir que la tesis situacional “débil” puede ser atribuida al fenomenólogo solamente como una suerte de ejercicio de caridad hermenéutica, y desconocer los motivos del paso merleau-pontyano de la tesis “débil” a la “fuerte”.

En efecto, Priest señala que el “componente de verdad en el subjetivismo de Merleau-Ponty sobre el tiempo es que pasado, presente y futuro” –nótese: no el tiempo en general– “sí surgen de nuestras relaciones con «las cosas»”²³ y que el hecho de que un evento tenga una de esas tres determinaciones se da “solamente en una relación temporal con un sujeto”.²⁴ Pero si “Merleau-Ponty no ve esto”, esto es, concibe *el tiempo en su totalidad* como subjetivamente dependiente, es

“porque asimila [...] los conceptos de antes y después y los [...] de pasado, presente y futuro. No logra ver que aunque “antes” y “después” son necesarios para definir «pasado» y «futuro», «pasado» y «futuro» no son necesarios para definir «antes» y «después», y un mundo de acontecimientos objetivos podría existir [...] sin por eso estar objetivamente [...] ordenado en eventos pasados, presentes y futuros. Podría usar un famoso argumento de McTaggart para concluir que la *temporalidad* del antes y el después depende del pasado y futuro”.²⁵

La *temporalidad* del antes y el después, se entiende –esto es, la serie A–, y no la *existencia misma* de esa relación de eventos en serie –en una serie B–. Esto, como anticipábamos, parecería poder leerse como una crítica a la distancia entre la tesis situacional *débil* –tesis que, según esta lectura, Priest estaría efectivamente reconociendo a Merleau-Ponty haber formulado, y con la que concordaría– y una consecuencia de la tesis situacional *fuerte* –con la cual estaría en desacuerdo–. Pero Priest *no* señala que la tesis situacional “débil” que él mismo defiende es, como vimos, esgrimida por Merleau-Ponty en contra de la filosofía trascendental; más aun, llega a decir que “Merleau-Ponty *no nos da ningún análisis de «pasado», «presente» y «futuro»*”.²⁶ Como es claro, el fenomenólogo francés no introduce “definiciones” explícitas al modo –bastante trivial por lo demás– en que las plantea Priest, pero evidentemente *sí* nos ofrece, al cuestionar la

sostenibilidad de un abordaje no-situacional como el de la filosofía trascendental, un tipo de “análisis” de las tres “determinaciones A” como subjetivamente dependientes.

Pasemos al segundo error cometido por Priest a la hora de realizar el cruce clave entre Merleau-Ponty y McTaggart. Priest señala que el motivo por el cual el fenomenólogo francés es incapaz de restringir a las determinaciones A el carácter subjetivo del tiempo, y plantea que este es *en su conjunto* subjetivo (incluyendo a los eventos vinculados según determinaciones B de anterioridad y posterioridad), es en virtud de una lisa y llana confusión entre las dos “series” mctaggartianas, que habría llevado a extrapolar a la serie B lo que únicamente es válido para la A.²⁷

Pero esto termina de confirmar que Priest no logra captar el sentido específico del “subjetivismo” merleau-pontyano con respecto al tiempo. El fenomenólogo está tan lejos de confundir las dos series, A y B, que de hecho no solo *no* las asimila sino que incluso establece una dependencia bastante explícita de una respecto de la otra, si bien *en la dirección diametralmente opuesta a aquella que Priest podría considerar como plausible*. En efecto, mientras una ontología que subrayara la mayor “objetividad” de las determinaciones B respecto de las A sostendría que estas últimas constituyen una “puesta en movimiento” de aquellas –que pasado, presente y futuro son la forma subjetiva en que vivimos eventos que, de por sí, ya están en un tipo de sucesión como anteriores y posteriores–, por el contrario la tesis situacional con la que se compromete Merleau-Ponty sostiene que, si hay una multiplicidad de eventos organizados según determinaciones B, esto resulta posible únicamente sobre la base de la existencia de una determinación A fundamental, la de *presente*. La perspectiva presente no se limita a “distribuir” en presentes, pasados o futuros unos eventos que ya serían, por sí solos, una multiplicidad, sino que, por medio de lo que hemos visto en términos de “fragmentación”, *funda* esta multiplicidad misma.

¹ Cf. MCTAGGART, J. M. E., “The Unreality of Time”, *Mind*, vol. 17, no. 68 (octubre 1908) y MCTAGGART, J. M. E., *The nature of existence*, vol. II, Cambridge University Press, Cambridge, 1927.

² De ahí el ritmo característico de argumentación “en dos tiempos” que presenta, por ejemplo, el abordaje de D. H. Mellor en *Real Time*. En efecto, para el “teórico B” se trata en primer lugar de mostrar que cabe proveer condiciones de verdad para proposiciones que incluyen determinaciones A apelando simplemente a relaciones “B” –invariables– de anterioridad, posterioridad y simultaneidad *entre un acto de habla y el estado de cosas al que se refiere* (cf. MELLOR, D. H., *Real Time*, Cambridge University Press, New York, 1981; véase en particular,

pp. 34-46). Ahora bien, este paso –de tener éxito– permite únicamente demostrar que las determinaciones A no son un dato objetivo de la realidad; que no existe el presente como tampoco consideramos que exista el aquí. En consecuencia –como recrimina Smith (SMITH, N., “Inconsistency in the A-Theory”, *Philosophical Studies: an international journal for philosophy in the analytic tradition*, vol. 156 [2011])–, hasta aquí solo se ha probado que no es necesario describir la realidad según determinaciones A, las cuales podemos redefinir en términos de la serie B; no se ha probado aún que sea imposible, porque contradictorio, sostener la existencia de aquellas determinaciones. Únicamente en un segundo paso –el cual, desafortunadamente, no es mencionado por Smith– Mellor llega a probar esta última tesis, y es aquí donde refuerza su argumentación por medio de una reivindicación de la paradoja de McTaggart (cf. MELLOR, *Real Time*, cap. 6).

³ Cf. *ibid.*, 21. Véase también la formulación original en: MCTAGGART, “The Unreality of Time”, 468.

⁴ Cf. DUMMETT, M., “A Defense of McTaggart's Proof of the Unreality of Time”, *The Philosophical Review*, vol. 69, no. 4 (octubre 1960), 503; reimpresso en: DUMMETT, M., *Truth and other enigmas*, Harvard University Press, Cambridge (Massachussets), 1978, 356.

⁵ Dummett oscila entre, *por una parte*, declarar que “se siente inclinado” a asumir, con el propio McTaggart, el principio ontológico general de la describibilidad completa de todo lo que sea real, y, *por otra parte*, afirmar que quizá, sin embargo, deberíamos abandonar este “prejuicio” (cf. “A Defense...”, 503; *Truth...*, 356). Esta ambigüedad, de hecho, ha generado en la literatura especializada el curioso escenario de que, a la vez, existan autores que hablen de un “argumento McTaggart-Dummett” (cf. FALVEY, K., “The View From Nowhen: The McTaggart-Dummett Argument for the Unreality of Time”, *Philosophia* vol. 38, no. 2 [2010]), atribuyéndole al segundo de estos autores *suscribir* a la premisa implícita en el argumento del autor de la paradoja, y otros que, por el contrario, consideren que Dummett está trayendo a la luz una posible solución. Horwich en particular ha señalado que si no existe una totalidad de hechos *absoluta*, sino simplemente distintas *perspectivas* temporales sobre los hechos, puede evitarse la objeción mctaggartiana, dado que ninguna de estas perspectivas particulares conduciría a la contradicción que McTaggart ha puesto de manifiesto. No obstante, al mismo tiempo que identifica este supuesto de una totalidad como crucial para la presunta paradoja, considera que, de no darse argumentos independientes contra tal supuesto, denegarlos constituiría una solución *ad hoc* (cf. HORWICH, P., *Asymmetries in time. Problems in the philosophy of science*, MIT Press, Cambridge [Massachussets], 1987, 27). Un autor como Craig, por su parte, no solo acepta la identificación del supuesto como clave para el argumento mctaggartiano sino que rechaza decididamente la plausibilidad de aquel (cf. CRAIG, W. L., *The Tensed Theory of Time: A Critical Examination*, Kluwer Academic Publishers, Dordrecht, 2000, 207).

⁶ El texto en cuestión es: PRIEST, S., *Merleau-Ponty*, Routledge, London, 1998. Daremos prioridad, en el presente artículo, a la discusión de este libro dado que, desafortunadamente, el interesante cruce con Merleau-Ponty que intenta otro filósofo anglosajón, Peter Ludlow (en LUDLOW, P., *Semantics, Tense, and Time*, MIT Press, Cambridge, Massachusetts, 1999, 143-144), es excesivamente breve, y subordinado a consideraciones de otro tenor que la clarificación de la temporalidad merleau-pontyana: se trata en efecto únicamente de “utilizar” a Merleau-Ponty como “ejemplo” de una fenomenología acorde a las tesis del propio Ludlow. La interpretación que este hace de las tesis merleau-pontyanas es sumamente discutible y ameritaría un abordaje crítico en futuros trabajos, pero –reiteremos– el autor no pretende estar sometiéndolas a un análisis detallado. Por último, Thomas Baldwin llega a *señalar hacia* un

posible cruce entre Merleau-Ponty y los debates sobre el tiempo iniciados en McTaggart, pero no avanza hacia desarrollar esta vinculación, sino que se limita a establecer que no fue explorada por el propio fenomenólogo francés: “En la influyente terminología de McTaggart, Heidegger y Merleau-Ponty son protagonistas de una concepción del tiempo según la „serie A”; desafortunadamente, no discuten si ella no es inherentemente contradictoria, como McTaggart sostuvo” (BALDWIN, T. (ed.), *Maurice Merleau-Ponty. Basic Writings*, Routledge, London/New York, 2004, 31).

⁷ MERLEAU-PONTY, M., *Fenomenología de la percepción*, Planeta-Agostini, Barcelona, 1985, 419. Subrayado nuestro.

⁸ PRIEST, *Merleau-Ponty*, 125. La traducción de éste y todos los pasajes de Priest es nuestra. El subrayado aquí también es nuestro.

⁹ Ibid.

¹⁰ Ibid.

¹¹ Ibid.

¹² Ibid.

¹³ MERLEAU-PONTY, *Fenomenología...*, 419.

¹⁴ PRIEST, *Merleau-Ponty*, 127. Subrayado nuestro. Priest abona en este pasaje una toma de posición previa, en la medida en que “mundo objetivo” ha pasado repentinamente a significar “mundo externo” –insistiendo en que el “subjetivismo” merleaupontyano es algún tipo de tesis idealista, o más exactamente *mentalista*–.

¹⁵ Ibid., 129.

¹⁶ Ibid.

¹⁷ MERLEAU-PONTY, *Fenomenología...*, 419.

¹⁸ Cf. PRIEST, *Merleau-Ponty*, 127.

¹⁹ MERLEAU-PONTY, *Fenomenología...*, 419. Subrayado nuestro.

²⁰ Ibid., 431, subrayado nuestro. Asimismo, cabe recordar, la retoma del problema del tiempo en las “Notas de trabajo” de *Lo visible y lo invisible* hace a Merleau-Ponty decir que “todo análisis del tiempo *que lo sobrevuela* es insuficiente” (MERLEAU-PONTY, M., *Lo visible y lo invisible, seguido de: Notas de trabajo*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2010, 165. Subrayado nuestro), o que el tiempo solo es “asible por *quien está allí, está en un presente*” (Ibid., 171. Subrayado modificado).

²¹ MERLEAU-PONTY, *Fenomenología...*, 422 (subrayado nuestro).

²² Si bien el análisis detallado de este punto requerirá –como hemos anticipado– un trabajo ulterior, podemos señalar de pasada que es bajo esta tesis de la indeterminación donde encontramos un avance importante hacia la solución de la llamada “paradoja de McTaggart”. En efecto, si no partimos de asumir que un momento es *el presente*, al menos *el de cierta descripción de la realidad*, el resultado de no admitir este “punto fijo” de la descripción no será, como querría el autor británico, el hallazgo de una *sobredeterminación* de cada momento según los caracteres contradictorios de presente, pasado y futuro, sino el de una *indeterminación*, en virtud de la cual, lejos de que se pueda afirmar que se ha mostrado la contradictoriedad de la “serie A”, estaremos más bien autorizados a señalar que no se ha llegado a reconstruir tal serie en absoluto.

²³ Ibid., 131.

²⁴ Se trata, naturalmente, de una relación *situacional*: “Si un evento ocurre *en el momento en que estoy* [*when I am*] entonces es presente; si ocurre antes del momento en que estoy es pasado, si ocurre después del momento en que estoy es futuro”. Ibid., 130, subrayado nuestro.

²⁵ Ibid., subrayado en el original.

²⁶ Ibid., subrayado nuestro.

²⁷ En otras palabras, Priest está atribuyendo a Merleau-Ponty el razonar, siquiera implícitamente, de la manera siguiente: (i) Las nociones de presente, pasado y futuro dependen de la relación con una subjetividad situada; son subjetivamente dependientes. (ii) Solo puede haber eventos vinculados según relaciones de anterioridad y posterioridad si hay eventos pasados y futuros (puesto que, en rigor, es posible “asimilar” los dos tipos de determinaciones). Por lo tanto, (iii) las propias relaciones de anterioridad y posterioridad son subjetivamente dependientes. La premisa (ii) sería la que Merleau-Ponty sostiene implícitamente.